

que es hoy el primero día
que he tropezado en enojos.
D.^a BLANCA. ¿De qué son tus descontentos?
DON GARCÍA. Del cuento del cortesano.
D.^a BLANCA. Vamos al jardín, hermano,
que esos son cuentos de cuentos.

JORNADA SEGUNDA.

Salen LA REINA y EL CONDE.

REINA. Vuestra extraña relación
me ha enternecido, y prometo
que he de alcanzar, con efeto,
para los dos el perdón;
porque de Blanca y García
me ha encarecido su Alteza,
en el uno la belleza,
y en otro la gallardía.

Y pues que los dos se unieron
con sucesos tan prolijos,
como los padres, los hijos
con una estrella nacieron.
CONDE. Del Conde nadie concuerda
bien en la conspiración:
salió al fin de la prisión,
y don Sancho de la Cerda
huyó con Blanca, que era
de dos años á ocasión
que era yo contra Aragón
general de la frontera,
donde el Cerda con su hija
se pretendió asegurar,
y en un pequeño lugar,
con la jornada prolija,
adoleció de tal suerte,

que aunque le acudí en secreto,
en dos días, en efeto,
cobró el tributo la muerte.
Hícele dar sepultura
con silencio, y apiadado
mandé, que á Orgaz un soldado
la inocente criatura
llevase, y un labrador
la crió, hasta que un día
la casaron con García
mis consejos y su amor:
que quiso, sin duda alguna,
el cielo, que ambos se viesen,
y de los padres tuviesen
juntas la sangre y fortuna.
Yo os prometo de alcanzar
el perdón.

Sale BRAS.

BRAS. Buscandolé,
pardiobre que me colé,
como fraile, sin llamar;
Topé: su sonsería
me dé las manos y piés.
Bien venido, Bras.

CONDE. REINA. ¿Quién es?

CONDE. Un criado de García.

REINA. Llegad.

BRAS. ¡Qué brava hermosura!
Esta sí que el ojo abonda;
pero si vos sois la Conda
tendréis muy mala ventura.

CONDE. ¿Y qué hay para allá, mancebo?

BRAS. Como al Castañar no van
estafetas de Milán,
no he sabido qué hay de nuevo;
¿y por acá, qué hay de guerra?

CONDE. Juntando dineros voy.

BRAS. De buena gana los doy
por gozar en paz mi tierra;
porque el corazón me ensancha

- cuando duermo más seguro
que en Flandes detrás de un muro,
en un carro de la Mancha.
REINA. Escribe bien, breve y grave.
CONDE. Es sabio.
REINA. Á mi parecer,
más es que serlo, tener
quien en palacio le alabe.
 Sale DON MENDO.
DON MENDO. Su Alteza espera.
REINA. Muy bien
la banda está en vuestro pecho. (Vase.)
DON MENDO. Por vos su Alteza me ha hecho
aquesta honra.
CONDE. También
tuve parte en esta acción.
DON MENDO. Vos me disteis esta banda,
que mía fué la demanda
y vuestra la información.
Ayer con su Alteza fuí,
y dióme esta insignia, Conde,
yendo al Castañar. (Ap. Adonde
libre fuí, y otro volví.)
 Sale TELLO.
TELLO. El Rey llama.
CONDE. Espera, Bras.
BRAS. El billorete leed.
CONDE. Este hombre entretened
mientras vuelvo.
BRAS. Estoy de más,
desempachadme temprano,
que el palacio y los olores
se hicieron para señores,
no para un tosco villano.
CONDE. Ya vuelvo. (Vanse el conde y Tello.)
DON MENDO. Conocer quiero
este hombre.
BRAS. ¿No hay hablar?
¿Cómo fué en el Castañar
ayer tarde, caballero?

- DON MENDO. (Ap.) Daré á tus aras mil veces
holocaustos, Dios de amor,
pues en este labrador
remedio á mi mal ofreces.
¡Ay Blanca! ¡ con qué de enojos
me tienes! ¡ Con qué pesar!
¡ Nunca fuera al Castañar!
¡ Nunca te vieran mis ojos!
¡ Pluguiera á Dios, que primero,
que fuera Alfonso á tu tierra,
muerte me diera en la guerra
el corvo africano acero!
¡ Plugiera á Dios, labrador,
que al áspid fiero y hermoso,
que sirves, y cauteloso
fué causa de mi dolor,
sirviera yo, y mis Estados
te diera, la renta mía,
que por ver á Blanca un día
fuera á guardar sus ganados!
BRAS. ¿Qué diablos tiene, señor,
que salta, brinca y recula?
Sin duda la tarantúla
le ha picado ó tiene amor.
DON MENDO. (Ap. Amor, pues norte me das,
de éste tengo de saber
si á Blanca la podré ver.)
¿ Cómo te llamas?
BRAS. Yo, Bras.
DON MENDO. ¿ De dónde eres?
BRAS. De la villa
de Ajofrín, si sirvo en algo.
DON MENDO. ¿ Y eres muy gentil hidalgo?
BRAS. De los Brases de Castilla.
DON MENDO. Ya lo sé.
BRAS. Decís verdad,
que só antiguo, aunque no rico,
pues vengo de un villancico
del día de Navidad.
DON MENDO. Buen talle tienes.

BRAS. Bizarro:
 mire qué pié tan perfeto:
 ¿ Monda nisperos el peto?
 ¿ Y estos ojuelos son barro?
 DON MENDO. ¿ Y eres muy discreto, Bras?
 BRAS. En eso soy extremado,
 porque cualquiera cuitado
 presumo que sabe más.
 DON MENDO. ¿ Quieres servirme en la Corte,
 y verás cuánto te precio?
 BRAS. Caballero, aunque só necio,
 razonamientos acorte,
 y si algo quiere mandarme
 acabe ya de parillo.
 DON MENDO. Toma, Bras, este bolsillo.
 BRAS. Mas, por Dios, quiere burlarme.
 Á ver, acerque la mano.
 DON MENDO. Escudos son.
 BRAS. Yo lo creo;
 mas por no engañarme, veo
 si está por de dentro vano;
 dinero es, y de ello infiero
 que algo pretende que haga,
 porque el hablar, bien se paga.
 DON MENDO. Sólo que me digas quiero,
 si ver podré á tu señora.
 BRAS. ¿ Para malo ó para bueno?
 DON MENDO. Para decirla que peno,
 y que el corazón la adora.
 BRAS. Lástima os tengo, así viva,
 por lo que tengo en el pecho:
 que aunque rudo, amor me ha hecho
 el mío como una criba.
 Yo os quiero dar una traza
 que de provecho será:
 Aquestas noches se va
 mi amo García á caza
 de jabalíes; vestida
 le aguarda sin prevención,
 y si entráis por un balcón,

la hallaréis medio dormida,
 porque hasta el alba le espera;
 y esto muchas veces pasa
 á quien deja hermosa en casa,
 y busca en otra una fiera.
 DON MENDO. ¿ Me engañas?
 BRAS. Cosa es tan cierta,
 que de noche en ocasiones
 suelo entrar por los balcones
 por no llamar á la puerta,
 ni que Teresa me abra;
 y por la honda, que deja
 puesta Belardo en la reja,
 trepando voy como cabra,
 y la hallo sin embarazo
 sola, esperando á García,
 porque le aguarda hasta el día
 recostada sobre el brazo.
 DON MENDO. En ti el amor me promete
 remedio.
 BRAS. Pues esto haga.
 DON MENDO. Yo te ofrezco mayor paga.
 BRAS. Esto no es ser alcagüete.
 DON MENDO. Blanca, esta noche he de entrar
 á verte, á fe de español,
 que para llegar al sol
 las nubes se han de escalar.
Vase, y salen EL REY y EL CONDE.
 REY. El hombre es tal, que prometo,
 que con vuestra aprobación
 he de llevarle á esta acción,
 y ennoblecerle.
 CONDE. Es discreto
 y valiente; en él están
 sin duda resplandecientes
 las virtudes convenientes
 para hacerle capitán;
 que yo sé que suplirá
 la falta de la experiencia
 su valor y su prudencia.

- REY. Mi gente lo acatará,
pues vuestro valor le abona,
y sabe de vuestra ley,
que sin méritos, al Rey
no le proponéis persona;
traedle mañana, Conde. (Vase.)
- CONDE (Ap.) Yo sé que aunque os acuitéis,
que en la ocasión publicuéis
la sangre que en vos se esconde.
- BRAS. Despachadme, pues, que no,
señor, otra cosa espero.
- CONDE. Que se recibió el dinero,
que al donativo ofreció,
le decid, Bras, á García;
y podeos ir con esto,
que yo le veré muy presto,
y responderé otro día. (Vase.)
- BRAS. No llevo cosa que importe;
sobre tardanza prolija,
¿largo parto y parir hija?
Propio despacho de Corte. (Vase.)

Sale DON GARCÍA de cazador, con un puñal y un arcabuz.

DON GARCÍA. Bosques míos frondosos,
de día alegres, cuanto tenebrosos
mientras baña Morfeo
la noche con las aguas del Leteo,
hasta que sale de Faetón la esposa
coronada de plumas y de rosa;
en vosotros doctrina
halla sobre quien Marte predomina,
disponiendo sangriento
á mayores contiendas el aliento,
porque furor influye
la caza que á la guerra substituye.
Yo soy el vivo rayo
feroz de vuestras fieras, que me ensayo
para ser, con la sangre que me inspira,
rayo del Castañar en Algecira;
criado en vuestras grutas y campañas,
Alcides español de estas montañas,

que contra sus tiranos
clava es cualquier dedo de mis manos,
siendo por mí esta vera
pródiga en carnes, abundante en cera,
vengador de sus robos,
parca común de osos y de lobos,
que por mí el cabritillo y simple oveja
del montañés pirata no se queja,
y cuando embiste airado
á devorar el tímido ganado,
si me arrojo al combate
ocioso el can en la palestra late.
Que durmiendo entre flores,
en mi valor fiados los pastores,
cuando abre el sol sus ojos,
desperezados ya los miembros flojos,
cuando al ganado asisto,
cuando al corsario embisto,
pisan difunta la voraz caterva
más lobos sus abarcas que no yerva.
¿Qué colmenar copioso
no demuele defensas contra el oso,
fabricando sin muros
dulce y blanco licor en nichos puros?
Que por esto han tenido,
gracias al plomo á tiempo compelido,
en sus cotos amenos,
un enemigo las abejas menos.
Que cuando el sol acaba,
y en el postrero parasismo estaba,
á dos colmenas, que robado había,
las caló dentro de una fuente fría,
ahogando en sus cristales
las abejas que obraron sus panales,
para engullir segura
la miel, que misturó en el agua pura,
y dejó, bien que turbia, su corriente
el agua dulce de esta clara fuente.
Y esta noche bajando
un jabalí á aqueste arroyo blando,

y cristalino cebo,
 con la luz, que mendiga Cintia á Febo,
 le miré cara á cara,
 haciéndose lugar entre la jara,
 despejando la senda sus cuchillos,
 de marfil ó de acero sus colmillos;
 pero á una bala presta,
 la luz condujo á penetrar la testa,
 oyendo el valle á un tiempo repetidos
 de la pólvora el eco y los bramidos.
 Los dos serán trofeos
 pendientes en mis puertas, aunque feos,
 después que Blanca con su breve planta
 su cerviz pise, y por ventura tanta
 dirán, «ni aun en la muerte
 tiene el cadáver de un dichoso suerte,
 que en la ocasión más dura,
 á las fieras no falta la ventura.»
 Mas el rumor me avisa
 que un jabalí descende: con gran prisa
 vuelve huyendo: habrá oído
 algún rumor distante su sentido;
 porque en distancia larga
 oye calar al arcabuz la carga,
 y esparcidas las puntas,
 que sobre el cerro acumulaba juntas,
 si oye la bala ó menear la cuerda,
 es ala, cuando huye, cada cerda.

Sale DON MENDO, y un criado con una escala.

DON MENDO. ¿Para esto, amor tirano,
 del cerco toledano
 al monte me trajiste,
 para perderme en su maleza triste?
 ¿Mas qué esperar podía
 ciego, que á un ciego le eligió por guía?
 Una escala previene, con intento,
 Blanca, de penetrar tu firmamento,
 y lo mismo emprendiera
 si fueras Diosa en la tonante esfera,
 no montañesa ruda,

sin honor, sin esposo que te acuda,
 que en este loco abismo
 intentara lo mismo,
 si fueras, Blanca bella,
 como naciste humana, pura estrella;
 bien que á la tierra, bien que al cielo sumo
 bajara en polvo, y ascendiera en humo.

DON GARCÍA. Llegó primero al animal valiente,
 que á mi sentido, el ruido de esta gente.

DON MENDO. En esta luna de Octubre
 suelen salir cazadores
 á esperar los jabalíes:
 quiero llamar: ¡Ha del monte!

¡Hola, hao!

CREADO. Pesía sus vidas,
 ¿qué buscan? ¿de qué dan voces?

DON MENDO. ¿El sitio del Castañar
 está lejos?

DON GARCÍA. En dos trotes
 se pueden poner en él.

DON MENDO. Pasábamos á los montes,
 y el camino hemos perdido.

DON GARCÍA. Aquese arroyuelo corre
 al camino.

DON MENDO. ¿Qué hora es?

DON GARCÍA. Poco menos de las doce.

DON MENDO. ¿De dónde sois?

DON GARCÍA. Del infierno;
 id en buen hora, señores,
 no me espantéis más la caza,
 que me enojaré, pardiobre.

DON MENDO. ¿La luna hasta cuando dura?

DON GARCÍA. Hasta que se acaba.

DON MENDO. Oye
 lo que es villano en el campo.

DON GARCÍA. Lo que un señor en la Corte.

DON MENDO. Y, en efecto, ¿hay donde errar?

DON GARCÍA. Y, en efecto, ¿no se acogen?

DON MENDO. Terrible sois.

DON GARCÍA. Mal sabéis

lo que es estorbar á un hombre
en ocasión semejante.

DON MENDO. ¿Quién sois?

DON GARCÍA. Rayo de estos montes:

García del Castañar,
que nunca niego mi nombre.

DON MENDO. *(Ap. Amor, pues estás piadoso
deténle, porque no estorbe
mis deseos, y en su casa
mis esperanzas malogre,
y para que á Blanca vea
dame tus alas veloces
para que más presto llegue.)*
Quedaos con Dios.

(Vase.)

DON GARCÍA. Buenas noches;

bizarra ocasión perdí,
imposible es que la cobre;
quiero volverme á mi casa
por el atajo del monte.
Y pues ya me voy, oíd
de grutas partos feroces,
salid y bajad al valle,
vivid en paz esta noche,
que vuestro mayor opuesto
á su casa se va, adonde
dormirá, no en duras peñas,
sino en blandos algodones.
Y depuesta la fiereza,
tan trocadas mis acciones,
en los brazos de mi esposa
verá el Argos de la noche
y el Polifemo del día,
si las observan feroces
y tiernas, que en este pecho
se ocultan dos corazones,
el uno de blanda cera,
el otro de duro bronce,
el blando para mi casa,
el duro para estos montes.

(Vase.)

*Sale DONA BLANCA, y TERESA con una bujía, y pónela
encima de un bufete que habrá.*

D.^a BLANCA. Corre veloz, noche fría,
porque venga con la Aurora
del campo, donde está ahora,
á descansar mi García;
su luz anticipe el día,
el cielo se desabroche,
salga Faetón en su coche,
verá su luz deseada
la primer enamorada
que ha aborrecido á la noche.

TERESA. Mejor, señora, acostada
esperarás á tu ausente,
porque asientan lindamente
sobre la holandá delgada
los brazos: que por el credo,
que aunque fuera mi marido
Bras, que tampoco ha venido
de la ciudad de Toledo,
que le esperara roncando.

D.^a BLANCA. Tengo más obligaciones.
TERESA. Y le echara á mojicones
si no se entrara callando;
mas si has de esperar que venga
mi señor, no estés en pié,
yo á Belardo llamaré
que tu desvelo entreteña;
mas él viene.

Sale BELARDO.

BELARDO. Pues al sol
veo de noche brillar,
el sitio del Castañar
es antípoda español.

D.^a BLANCA. Belardo, sentaos.

BELARDO. Señora,
acostaos.

D.^a BLANCA. En esta calma,
dormir un cuerpo sin alma,
fuera no esperar la Aurora.